

“El punto de partida es nuestro corazón”: el resultado del proceso “Arte para reconstruir”

Arte para reconstruir. Una exploración sobre las múltiples reconciliaciones posibles

MARÍA ELISA PINTO GARCÍA,
RENATA SERNA HOSIE, MARÍA
REYES LÓPEZ, FEDERICO MEJÍA,
NATHALIE MÉNDEZ MÉNDEZ,
ANDRÉS CASAS CASAS
Puntoaparte, Bogotá, 2020, 140 pp., il.

“PERDONAR, PEDIR perdón y perdonarme”. Esta línea, que hace parte de “Canción para el perdón”, del artista bogotano César López, bien podría ser la premisa de *Arte para reconstruir*, vanguardista trabajo adelantado por la Fundación Prolongar con el apoyo de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (Usaid, por sus siglas en inglés) y la Fundación Konrad Adenauer, en 2019. En este proceso, del cual surgió la publicación que motiva esta reseña, representantes de grupos de víctimas, veteranos de la fuerza pública y personas exparamilitares en proceso de reintegración tuvieron la oportunidad, mediante la activación de diferentes recursos artísticos y psicopedagógicos, de trazar caminos para transitar juntos, de superar las barreras ideológicas y las historias de dolor y guerra para enviar al país el mensaje de que la reconciliación es posible.

La metodología “arte para reconstruir” destaca por encima de otras iniciativas de arte y cultura para la transformación no violenta de conflictos por su diseño multiescalar, transdisciplinar y horizontal. Las actividades desarrolladas tuvieron como punto de partida al individuo, en un trabajo sentipensante y de introspección que invitó a cada participante a reconocer sus dolores pasados y presentes producto de la guerra en Colombia, y a darse la oportunidad de adentrarse en las historias profundas de otros actores del conflicto interno con el ánimo de apreciar la humanidad que se esconde detrás de las etiquetas.

Las actividades incluyeron encuentros que propiciaban la interacción gradual de los diferentes grupos de participantes, en un juego de relaciones cuidadosamente tejido y acompañado que permitió a personas de bandos antagónicos poder mirarse desde un punto de partida común, tan básico y a la vez tan complejo: unos y otros son seres humanos. En medio del proceso, los ejercicios artísticos iban siendo activados; estos cumplían múltiples propósitos y abordaban, de manera yuxtapuesta y entrecruzada, aspectos terapéuticos, psicosociales, sociohistóricos y ecuménicos (en el sentido más amplio del término) con un alto sentido del rigor y la responsabilidad, teniendo en cuenta que en estos espacios se socializaban heridas y traumas que los distintos actores del conflicto han padecido de manera individual y colectiva.

Igualmente, es de resaltar la armónica combinación de elementos provenientes de diferentes campos del saber, así como el diseño e implementación de ejercicios basados en prácticas ancestrales y artesanales con un alto sentido simbólico, gracias a los cuales los participantes pudieron reparar daños, apaciguar penas y brindar esperanza; tal es el caso de la técnica japonesa del *kintsugi*, que descrita de manera superficial consiste en el arte de reparar objetos (especialmente cerámicas) con gran valor sentimental para su propietario. El *kintsugi* toma las piezas del artículo quebrado y, mediante un proceso dedicado y amoroso, las junta utilizando polvo de oro para que las “cicatrices” de la pieza resultante le otorguen valor agregado; así, el accesorio no es una pieza reparada, sino una que ha trascendido su versión anterior y ahora emerge con nuevos significados:

Como filosofía y práctica, el *kintsugi* reconoce la belleza sublime en la naturaleza transitoria de la vida. Es un homenaje al rastro que va dejando el paso del tiempo en los objetos y, a su vez, es una celebración de la belleza que habita en lo imperfecto. (p. 59)

Las “cicatrices” de la pieza, hechas de oro, y la posibilidad de (re)construir un objeto roto, en apariencia insalvable, proponen un torrente de

metáforas con las cuales los participantes de este proceso pudieron identificarse. Además, reconocerse imperfecto, valorarse por ello y darle un sentido emancipador a lo que en principio produce efectos contrarios (discapacidades físicas y emocionales derivadas de la guerra, como amputaciones, ceguera, sordera, etc.) abre las puertas también a reconocer al otro con sus propias marcas, cicatrices y huellas que el conflicto armado le ha dejado, y a valorar sus esfuerzos por recomponer sus piezas y salir del lugar del estigma o del dolor con el objetivo de transformarse en un ser humano distinto de lo que la guerra hubiera querido que fuese. Este cambio de perspectiva permite romper las categorías fijas en las que suele encasillarse a los actores del conflicto (militar, paramilitar, guerrillero, víctima...) y motiva a las personas a reconstruirse y desmarcarse de aquellas etiquetas que contienen una pesada carga y que, en sus distintas maneras, desacreditan a los sujetos que las portan.

El (re)conocimiento del yo resulta un aspecto clave del proceso documentado en esta publicación. Con el transcurrir de las páginas, la proposición según la cual “para poder perdonar hay que primero perdonarse” va fortaleciéndose y cobrando nuevos y enriquecedores matices. En este sentido, la idea de que “todos hemos estado rotos” (p. 38), antes que ser una sentencia condenatoria, se convierte en potencia restauradora y liberadora. Los ejercicios bajo la técnica del *kintsugi* y el trabajo con la arcilla, por ejemplo, sirvieron de espejo de sus propias vidas y, a manera de resultado, los participantes asumieron que moldearse, reconstruirse, empezar de nuevo, repararse, pasar de un estado a otro y convertirse en arte es una realidad para ellos.

La materialidad como elemento central de estos y otros ejercicios descritos en la publicación hizo que el cuerpo cobrara especial interés y protagonismo en este proceso transformador. El cuerpo es entendido, en este caso, como lugar donde se inscriben todos los relatos de dolor, pero también las rutas para la sanación individual y colectiva. A partir de esta noción, *Arte para reconstruir* dio significado a las marcas de los

SOCIOLOGÍA		RESEÑAS
<p>participantes como evidencia, relato, instrumento de resiliencia y perdón, huella del daño y oportunidad para la reconciliación. Gracias a esta comprensión del cuerpo fue posible establecer lazos de empatía, complicidad y afecto entre ellos, y ampliar sus horizontes de entendimiento de las múltiples narrativas que componen el fenómeno del conflicto y la guerra interna en Colombia. El cuerpo, entendido no “como un conjunto de entidades separadas, sino como un sistema, una unidad interconectada” (p. 20), como universo en el que intervienen materialidad, mente, memorias, alma, corazón y emociones, fue puesto bajo un escrutinio personal permanente que condujo a los participantes a percibir y manifestar un cambio integral.</p> <p>Por último, la exposición resultante de este trabajo, descrita igualmente en la publicación, también se presenta como una propuesta disruptiva. Su montaje rompió no solo con los esquemas de la experiencia museográfica tradicional, sino también con lo que corresponde, en términos de proyecto, a la presentación de resultados y experiencias significativas. La persona visitante se veía inmersa en un escenario interactivo en el que, además, pudo experimentar, de modo diferente, algunos de los ejercicios y reflexiones por los que pasaron los participantes. Luego fue posible documentar que quienes hicieron el recorrido evidenciaron cambios positivos en cuanto a sus percepciones y posturas relacionadas con la guerra y las personas que se han visto impactadas de manera directa.</p> <p>Como conclusión, lo más relevante del proceso expuesto en el libro <i>Arte para reconstruir</i> no es el uso inteligente y sensible de conceptos tan complejos como neuroplasticidad cerebral, artes expresivas, acción sin daño, estudio de contexto y desautomatización en una estrategia sensorial experimental para la promoción del encuentro entre actores antagónicos y la reparación simbólica. Tampoco es su lugar de referente metodológico al momento de discutir sobre la posibilidad de entablar diálogos improbables entre orillas contrarias. Desde la opinión de este reseñista, <i>Arte para construir</i> es, ante todo, una propuesta/apuesta por llevar la reflexión sobre</p>	<p>la vida más allá del conflicto armado y adentrarse en los espacios no institucionalizados, y sí más coloquiales, donde aún es posible encontrar ideas y comportamientos que reproducen y perpetúan dinámicas y lógicas propias de contextos de guerra, con la intención de reprogramar o restaurar esos patrones instaurados que resultan nocivos para la consolidación de la paz cotidiana.</p> <p>Este libro impacta por la potente invitación que el proceso documentado hace al lector: escrutarse, dejar volar la imaginación y sumergirse en los ejercicios sugerentemente descritos, leer los conmovedores testimonios de los participantes consignados en los sumarios de las páginas, y hacerse una autoevaluación de esos dolores propios o marcas personales que nos impiden reconocer los dolores ajenos y perdonar al otro. Al final, si no quedase nada más, al menos este libro deja, ineludiblemente, esa pregunta que cada quien deberá responderse: “Si ellos pudieron perdonar y perdonarse entre ellos, ¿por qué yo no?”.</p> <p style="text-align: center;">Esteban Narváez Polo</p>	